

Referencia al citar este artículo:

Acosta, L. (2015). La memoria como ente regulador del comportamiento humano. *Revista TEMAS*, 3(9), 209 - 216.

La memoria como ente regulador del comportamiento humano¹

Liliana Acosta Salazar²

Recibido: 15/05/2015 Aceptado: 22/06/2015

Resumen

La memoria, seguida del conocimiento, se presenta como una forma de superar la efímera temporalidad de la existencia, porque la memoria no solo es una facultad que almacena información; también crea y constituye una estructura de la vida de cada ser humano; el conocimiento, por su parte, es el que permite tomar conciencia de las experiencias de la vida, entendiéndose conciencia como una forma de saber dar cuenta de algo, de un objeto, una cualidad, una situación o hecho particular de la vida exterior. De esta manera, la memoria actualiza la existencia de cada ser humano, pues las acciones, positivas o negativas han existido en un tiempo pasado, y es en el presente, en el que a partir de estas experiencias se intenta regular el comportamiento de una sociedad, pues gracias a la evocación del pasado, se puede reconstruir lo vivido; de cierta manera, lo que se reconstruye es la vida a través de los recuerdos más profundos que regresan cuando hay una afectación por alguna situación particular del presente.

Palabras clave

Memoria; recuerdo; sabiduría; existencia; regulación; ética; olvido.

Memory as a regulating entity of human behavior

Abstract

Memory, followed by knowledge, is presented as a way to overcome the ephemeral temporality of existence, as memory is not only a faculty that stores information, it also creates and constitutes a living structure of every human being. Knowledge, in turn, is what allows awareness of the experiences of life, understanding consciousness as a way to realize something, an object, a quality, a situation or particular facts of external life. Thus, the memory updates the existence of every human being. The human's positive or negative actions have existed in a past time, and it is in the present, where from these experiences one tries to regulate the behavior of society, so thanks to the evocation of the past, it is possible to reconstruct what has been lived. In a certain way, what is constructed is life in itself throughout the deepest memories that come back when there is an affectation caused by a particular situation in the present.

Keywords

Memory, knowledge; existence; regulation; ethics; oblivion.

1 El presente artículo expone una reflexión desde una perspectiva interpretativa del autor, dentro del marco de una investigación realizada para optar el título de filósofa. Universidad Industrial de Santander.

2 Filósofa y magíster en Filosofía por la Universidad Industrial de Santander, docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás Bucaramanga. Correo electrónico: lilianaacostasalazar83@gmail.com

Introducción

La memoria es una noción que ha estado de diversas maneras dentro de la vida de cada ser humano; hace parte del pasado de la humanidad y de la realidad inmediata; sin embargo, en la mayoría de casos no se le ha prestado la suficiente atención o no se ha revisado tal noción, como un elemento regulador del comportamiento humano, pues, la memoria permite recobrar “desde nuestra instantánea mismidad”, todos los momentos que han capturado los sentidos e incluso las experiencias en apariencia ya olvidadas. Por tanto, la memoria permite que el hombre se detenga y reflexione sobre las acciones pretéritas, pues es a través de la memoria que la humanidad, por ejemplo, puede sentir el conflicto y plantear estrategias para alcanzar la paz. Dado lo anterior, vemos que la indiferencia y el olvido no son el mejor camino para regular el comportamiento de una sociedad.

De esta manera, volver al tiempo pasado con el fin de recuperar los momentos o las experiencias anteriores alojadas en la memoria resulta muy interesante, y más en la actualidad donde se vive en medio de una creciente presencia del olvido, pues la transformación social, los cambios culturales y los avances tecnológicos brindan comodidad y “despreocupación”, pero a la vez impiden que se recojan los recuerdos, “apagan” la memoria. Porque el presente siglo, continuación del anterior, en sus afanes, progresos y vicisitudes se ve afectado por el “fenómeno contemporáneo de la desmemoria”, del creciente olvido. Es por ello que es necesario emprender un viaje hacia el pasado y descubrir la condición humana, a través del recuerdo; recuerdo que al revivir conduce a la reconstrucción de la memoria, pues la evocación de los hechos pretéritos que se da mediante el ejercicio nemotécnico, es la razón de ser de toda vida. No hay nada fuera del recuerdo.

Ahora bien, la intención que se persigue en esta disertación es reconstruir la noción de memoria a partir de los planteamientos de dos grandes filósofos griegos, Platón y Aristóteles. Con ello se pretende resaltar, cómo desde las épocas más antiguas ha existido la preocupación por conservar y poder recordar lo que el ser humano hace y lo que es, porque la memoria va más allá del tiempo vivido e inmediato, guardando las experiencias y los conocimientos que son a la vez un testimonio de vida para el hombre, así como el “archivo histórico” de la sociedad. Con todo lo anterior, se pretende también, mostrar la memoria como un ente regulador del comportamiento humano, donde la sociedad se fortalece con la experiencia y la memoria, a la vez, se manifiesta como una herramienta depuradora, que permite reflexionar y plantear nuevos paradigmas de conducta, que apuesten a alcanzar espacios de sana convivencia.

Hacia una conceptualización de la memoria a través del pensamiento griego

Platón

Conviene entonces y una vez anunciado el motivo de estas páginas, dar los primeros pasos en el pensamiento de uno de los filósofos mencionados y eje principal de la presente búsqueda: Platón. La memoria en el sentido platónico hace referencia a la retención de las percepciones y las impresiones y con ello a la evocación de los contenidos pasados, a la facultad del recordar sensible. En tanto que el recuerdo o reminiscencia, es entendido como un acto por medio del cual, el alma ve en lo sensible lo inteligible; Platón en *Menón*, cita el ejemplo de un esclavo, quien sin conocimientos de geometría responde con opiniones verdaderas al interrogatorio de carácter mayéutico implantado por Sócrates (Platón, 1999). El esclavo al ser sometido al interrogatorio,

descubre por sí mismo el conocimiento que hay en él, es decir, reconoce la verdad a través de la reminiscencia.

De modo que el objetivo de Platón en dicho diálogo, es mostrar cómo aún carente de conocimientos en la vida presente, el ser humano es capaz de emplear los conocimientos que se han conservado a través del tiempo o como diría el mencionado autor, “las ideas eternas” de la geometría u otras ciencias que han quedado impresas en el alma y que se manifiestan en forma de recuerdo, como bien lo expresa Platón (1999) en el pasaje siguiente:

El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no sólo la virtud, si no el resto de las cosas que, por cierto, antes también conocía. Estando, pues, la naturaleza toda emparentada consigo misma, y habiendo el alma aprendido todo, nada impide que quien recuerde una sola cosa –eso que los hombres llaman aprender–, encuentre él mismo todas las demás, si es valeroso e infatigable en la búsqueda. Pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia (pp. 81c, 5-10).

Dado lo anterior, para el filósofo la idea de conocer es la misma de buscar dentro de sí, para posterior a ello recordar. Por tanto, la reminiscencia en el sentido platónico se determina por la capacidad que tiene el ser humano de recordar, la cual permite reconstruir y reelaborar el pasado a través de la asociación de las vivencias. Por esta razón, el conocimiento del esclavo en el caso mencionado en *Menón* no se deriva de la experiencia –aprehensión– ni de la enseñanza adquirida en una academia o por la práctica de una determinada ciencia, sus conocimientos

geométricos, por ejemplo, proceden del recuerdo que tiene su alma de una vida anterior.

Con lo anterior, cabe preguntar, ¿cómo puede el alma recordar lo aprendido en una vida anterior? La evocación de los recuerdos y con ello del conocimiento pasado se da gracias a la capacidad que se tiene de conservar en la memoria las nociones que se adquieren en el transcurso de la vida. De modo que una vez que el hombre muere, al reencarnar el alma en otra vida, no necesitará de largas jornadas pedagógicas para responder a los diferentes interrogantes que constantemente le acaecen. La memoria en el sentido platónico, no solo hace referencia a la retención de percepciones, sino también a la capacidad de recuerdo.

Al llegar aquí, es fundamental ir más allá de la teoría de la reminiscencia de Platón, y ubicarnos en un contexto más próximo, donde al evocar el pasado en el presente, no solo nos reconocemos por ser seres memoriosos, sino también, por alcanzar la verdadera sabiduría; y es precisamente la sabiduría, y por ende el conocimiento aprehendido, el que permite, evocando a Platón, que el hombre regule su comportamiento, es decir, que pueda actuar de la mejor manera en sociedad, siguiendo como pauta reguladora de conducta, la experiencia, las vivencias almacenadas de manera fructífera, en la memoria.

Por otra parte, en el diálogo *Fedón*, Platón muestra en escena a Sócrates, sentado al borde de su lecho, tranquilo, rodeado de sus más cercanos amigos, condenado a muerte y sin ninguna sombra de tristeza, porque está convencido de que al morir obtendrá una vida mejor, rodeada de los beneficios de los dioses. La razón por la cual no le teme a la muerte es que ha llevado una vida consagrada hasta el último momento a la filosofía, alejado de todos los placeres mundanos,

bienes materiales y vicios; esto le permite al sabio, ver la muerte de otra manera y con la sonrisa en los labios (Platón, 1997). Entonces, ¿Por qué la vida del filósofo garantiza la tranquilidad ante la muerte y después de esta?

Platón resalta en el anterior diálogo, que el filósofo o el hombre que ha dedicado su vida a la reflexión, solamente puede encontrar la felicidad si durante el recorrido de su vida se ha dedicado al cuidado de su alma. Por esta razón, Sócrates recibe la muerte con alegría y sin preocupación, ya que es consciente que durante su existencia en la tierra ha estado alejado de los placeres que brinda el mundo. Por el contrario, el sabio se ha dedicado consagradamente a buscar un saber más completo, que trae en consecuencia la sabiduría:

Por tales motivos debe estar confiado respecto de su alma todo hombre que en su vida a enviado a paseo los demás placeres del cuerpo y sus adornos, considerando que eran ajenos y que debía oponerse a ellos, mientras que se afaná por los de aprender, y tras adornar su alma no con un adorno ajeno, sino con el propio de ella, con la prudencia, la justicia, el valor, la libertad y la verdad, así aguarda el viaje hacia el Hades, como dispuesto a marchar en cuanto el destino lo llame (Platón, 1997, pp. 114d, 10-15, 115a, 1-3).

En contra parte, los hombres que no siguen el ejemplo de Sócrates y se apegan al cuidado del cuerpo y a los goces que satisface el mismo –la comida, la bebida, el sexo y todos excesos– olvidan que tienen alma, se aferran a los bienes materiales sin preocupación de lo que hay o les espera en el más allá, es decir, después de la muerte física, y de repente cuando llega la muerte temen, porque al evaporarse el cuerpo como es natural después de la muerte y al verse privados del mismo, creen dar por terminada su

existencia, porque no se han instruido, ni tienen la plena seguridad de la inmortalidad de su alma.

Para entender mejor la posición de Sócrates respecto a la muerte, Platón (1992) acude a la mitología, tomando como ejemplo el mito de *Er*, que permite a través de su narración ir más allá del mundo físico y cuenta cómo un hombre después de muerto vuelve a la vida y relata, según sus recuerdos, todo lo que ha presenciado y lo que le acaece al alma en el más allá, hace referencia a cada uno de los padecimientos de esta y sus respectivas sentencias, dependiendo del modo de vida que llevó en la tierra; con el relato mítico lo que intenta el filósofo es corroborar la validez de su argumento sobre la muerte, el enjuiciamiento de las almas, la encarnación de estas y la importancia de la conservación de la memoria, donde la memoria servirá como ente regular del comportamiento del individuo y de la sociedad a la cual hace parte.

Ahora bien, retomando el relato, una vez las almas eran sometidas a juicio y purgado sus penas, tenían que elegir un modo de vida para reencarnar y regresar a la tierra; las que habían sufrido las inclemencias del castigo eligieron con cuidado su nuevo modo de vida, por el contrario las que venían del cielo al desconocer el calvario del castigo, en una decisión apresurada no advirtieron que le acaecería la desgracia con su elección; una vez escogido su modo de vida, fueron hacia una planicie desértica y calurosa, llamada –según *Er*– La planicie del olvido:

Llegada la tarde, acamparon a la orilla del río de la desatención cuyas aguas ninguna vasija puede retenerlas. Todas las almas están obligadas a beber una medida de agua, pero algunas no las preserva su sabiduría de beber más allá de la medida, y así, tras beber, se olvidan de todo” y regresaban a la vida mortal (Platón, 1992, pp. 621a, 6-12).

Ha llegado el momento de resaltar una vez más la importancia de la memoria no solo como evocación de la vida pasada, sino también como fuente de conocimiento verdadero y sabiduría, donde esta permite que el ser humano, tomando como base el recuerdo, pueda reflexionar y regular el comportamiento venidero, es decir, tomar la memoria, como paradigma y con ello no repetir la misma historia, o prevenir de alguna manera sus acciones, para que estas estén dirigidas a la búsqueda del bien individual y por ende social. Es importante, advierte Platón (1992) instruirse en la filosofía:

Por este motivo se deben desatender los otros estudios y preocuparse al máximo sólo de éste, para investigar y conocer si se puede descubrir y aprender quién lo hará capaz y entendido para distinguir el modo de vida valioso del perverso, y elegir siempre y en todas partes lo mejor en tanto sea posible [...] (pp. 618c, 1-6).

De modo que, teniendo en cuenta que la pérdida del conocimiento es el olvido y este a la vez significa la perdición de las almas, quienes se narcotizan con su silencio se hunden en las aguas de la ignorancia y no pueden diferenciar lo bueno de lo malo, ni aprovechar los premios que trae consigo la justicia; por el contrario, son almas vagabundas quienes en la vida no podrán evitar los excesos y una vez llegada la muerte de su respectivo cuerpo al marchar al Hades estarán condenadas al sufrimiento. Por la anterior razón, no basta con adquirir el verdadero conocimiento durante el recorrido de la vida, pues lo ideal es tener la capacidad de conservar dichos conocimientos en la memoria.

De nada sirve a la humanidad alcanzar un estatus de erudición momentánea, si pasado el tiempo no puede rememorar lo aprendido, lo vivido. Resultará en vano haber caminado por el sendero del bien y actuado de la mejor manera posible, si una vez muerto el cuerpo, el

alma no puede acordarse, ni discernir lo que le conviene, por eso tener memoria implica poder recordar íntegramente la vida pasada y así utilizar la sabiduría para actuar correctamente en el presente. Al respecto conviene decir que, la memoria se presenta como ente regulador del comportamiento humano, porque permite que el hombre y la sociedad de la cual hace parte, a través del recuerdo de sus vivencias, pueda reflexionar, entender la complejidad humana y con los vestigios del pasado, planificar una vida mejor, que apunte a la coexistencia pacífica y armoniosa de los diferentes grupos humanos que comparten el mismo espacio.

Aristóteles

Luego de las líneas anteriores, es preciso evocar los planteamientos de Aristóteles en el tratado *De la memoria y el recuerdo*, siendo este un aporte de su filosofía que hoy permite junto con otros textos de su autoría ampliar y reconstruir la noción de memoria. Dentro de los niveles o grados de conocimiento Aristóteles distingue el conocimiento sensible, que es derivado directamente de la sensación, es decir, percepción de una cosa; conocimiento definido también como inmediato y fugaz, porque desaparece con la misma sensación que lo ha generado. De ahí que Emilio Lledó (1992) plantea que:

La experiencia surge de la sensación y la memoria. Tan importante, pues, como el contacto de los sentidos con el mundo, es, para la experiencia, la memoria. Pero la memoria no es sólo una facultad que almacena informaciones. La memoria constituye, crea, estructura la sustancia de la historia y, por supuesto, de la historia personal de cada autor (p. 27).

En efecto, el papel que juega la experiencia para el filósofo estagirita es de vital importancia, en cuanto a la recuperación o construcción del concepto de memoria. La experiencia es el resultado de la acti-

vidad de la memoria que le permite a los hombres conocer el por qué y la causa de los objetos conocidos, sin embargo, para saber que existimos no solo es necesaria la experiencia, pues la experiencia aunque esté allí por sí sola, no es testimonio de vida; por eso es indispensable recuperar el conocimiento anterior y con ello las sensaciones que ya ocurrieron y que en forma de recuerdo dan evidencia de lo que somos.

La memoria se mueve en el presente como un testigo fiel que puede describir y contar los detalles del pasado, que aunque se han opacado con el tiempo, en la actualidad de cada hombre son fundamentales, porque es allí, en el pasado, donde encontramos todo lo que hemos creído perdido y que nos pertenece, pues es en los escombros del pasado donde la memoria plasma la historia de cada individuo, es decir, la suma de los acontecimientos que han acompañado al ser humano en un lapso determinado de su existencia, y que en el presente vuelven en forma de recuerdo para “revivir” determinado momento que aunque es del pasado, hace parte de lo que somos y por ende complementa y fortalece la condición humana. Esto implica que “la memoria no es sensación ni un juicio, sino un estado o afección de una de estas cosas, una vez transcurrido un tiempo” (Aristóteles, 1967, pp. 449b, 46-49).

Se concluye, entonces, que los sentidos capturan todas las imágenes y las experiencias que dejan huella en el alma y la memoria se encarga de evocarlas una vez pasada la sensación para revivirlas en el presente. De modo que, el recordar y hacer memoria se da en el hombre al igual que en algunos animales, porque poseen una capacidad o percepción sensible que permite que las imágenes o cosas detenidas por los sentidos en el mundo físico aunque se evaporen en el instante, puedan quedar impresas en el alma. “Además de lo que llamamos percepción sensible,

se produce lo que llamamos memoria, y la repetición frecuente de actos de memoria desarrolla la experiencia, pues un número de recuerdos o actos de memoria constituyen una única experiencia” (Aristóteles, 1967, pp. 99b-100b).

La experiencia constituye el conocimiento. Pues, la memoria además de retener las imágenes en el alma, tiene la capacidad –según Aristóteles– de relacionar las impresiones guardadas con el instante que las produjo, es decir, con la experiencia, y de esta manera poder reconstruir un momento de la historia personal y por supuesto de las vivencias “perdidas” en el tiempo de cada hombre. De ahí que la memoria es la facultad que permite el recuerdo y es gracias a ello que podemos reconocer el pasado y cada uno de los capítulos que conforman nuestra vida.

De manera que, cuando somos afectados por alguna situación en particular, conservamos la imagen del objeto donde se guardan todas las cosas ausentes: en la memoria; por tanto, cuando hacemos memoria nos apoderamos de la imagen ausente para posterior a ello reconocerla a través del recuerdo, en el presente, como testimonio del pasado y aunque creemos que el objeto desaparece por ser conocimiento inmediato y fugaz, este por el contrario se conserva y permanece en nosotros como un tatuaje impregnado en la piel.

Los conocimientos y las experiencias se imprimen en el alma y por esto podemos recordar lo que ya pasó y dejarnos afectar por ciertas imágenes que a través del recuerdo permiten en el presente percibir el dolor, la alegría y toda una serie de sentimientos que se relacionan directamente con un suceso u objeto del pasado y necesariamente con el comportamiento humano. Por ejemplo, “cuando se experimentan las afecciones propias del que está aterrorizado sin que esté

presente objeto terrorífico alguno. Por consiguiente, y si esto es así, está claro que las afecciones son formas inherentes a la materia" (Aristóteles, 1967, pp. 403a, 38-42). De ahí que, no necesitamos tener un amigo de antaño enfrente para recordarlo, solo con el simple hecho de poder oler determinada fragancia que le caracterizaba podemos relacionarla con la persona ausente. Por eso, cuando se puede recuperar la experiencia o la imagen de un objeto percibido con anterioridad, decimos que es recuerdo de la cosa:

Quando uno recupera algún conocimiento anterior, alguna sensación o experiencia, el estado continuado de lo que antes hemos descrito como memoria, este proceso por tanto, es el recuerdo de uno de los objetos antedichos. No obstante el proceso de recuerdo implica la memoria y va acompañado de memoria (Aristóteles, 1967, p. 451a).

Finalmente, se hace necesario resaltar la importancia del tiempo en la reconstrucción de la memoria, pues el objeto de la memoria es el pasado, por tanto, la distancia temporal es fundamental en el ejercicio mnemónico. El filósofo estagirita advierte que no puede haber memoria del presente, pues en el presente se da solamente la percepción del objeto. El hombre por tanto, no podrá pretender recordar el presente inmediato, pues es necesario que haya transcurrido un lapso de tiempo desde el presente, al tiempo donde volvemos a ser afectados por la cosa ausente.

De ahí que, la memoria y el recuerdo se presentan según Aristóteles, voluntariamente, ligados al pasado, y es necesario haber adquirido a través de la experiencia cierto conocimiento que se manifiesta como un vestigio de los sentidos impreso en la mente o como diría el filósofo, una "pintura mental"; conviene, sin embargo, advertir que sin esta huella mental no podríamos recordar, ni hacer memoria. Todo lo anterior se relaciona con el "antes",

con todo aquello que ya pasó, que no está presente y que solamente se puede revivir a través del recuerdo. Pero el proceso de recuerdo implica necesariamente a la memoria, siendo esta en el sentido aristotélico "una posesión de la imagen. Posesión que, redoblada con la reflexión, lleva al reconocimiento del pasado como tal, que es el recuerdo" (Aristóteles, 1967, p. 449a).

Por eso, cuando recuperamos una experiencia o sensación de "algo", decimos que recordamos; es decir, que el recuerdo es la búsqueda de todo lo que hay en nuestra mente y que se guarda en la memoria y para ello es fundamental tener conciencia de que se ha realizado una actividad, se ha visto un objeto o también padecido, por ejemplo, una enfermedad en determinada situación o estadio de la vida. Por tanto, tener conciencia hace referencia a la capacidad de reconocer algo, tanto interior como exterior y es aquí nuevamente, donde la memoria se plantea como un ente regulador del comportamiento humano.

Conclusiones

A manera de cierre, es fundamental resaltar que la búsqueda emprendida a través del pensamiento griego, de la mano de Platón y Aristóteles, en cuanto a la noción de memoria, responde efectivamente a la pretensión de este apartado de investigación y deja ver a la memoria como una herramienta necesaria para el desarrollo del ser humano y de la sociedad a la cual hace parte; la memoria como facultad, y sobre todo, la memoria como ente regulador del comportamiento humano.

Por esta razón, resulta pertinente resaltar que la reconstrucción y conservación de la memoria es de vital importancia en la vida de cada ser humano, porque se manifiesta como una fuente de conocimiento y sabiduría; permitiendo con ello

tomar conciencia del conocimiento que posee cada ser humano y a la vez utilizarlo como un instrumento de reserva para el desarrollo en sociedad, pues, la memoria, como se diría en palabras de Emilio Lledó, constituye, crea y estructura la sustancia de la historia y, por supuesto, de la historia personal de cada ser humano.

De manera que, la memoria no solo se aborda como evocación de la vida pasada, sino también como fuente de conocimiento verdadero y sabiduría, donde esta permite que el ser humano, tomando como base el recuerdo, pueda reflexionar y regular el comportamiento venidero, es decir tomar la memoria, como paradigma y con ello no repetir la misma historia, o prevenir de alguna manera sus acciones, para que estas estén dirigidas a la búsqueda del bien común.

Referencias

- Aristóteles. (1967). *Analítica posterior*. En *Obras*. (Trad. F. de P. Samaranch). Madrid, España: Aguilar.
- Aristóteles. (1967). De la memoria y el recuerdo. En *Obras*. (Trad. F. de P. Samaranch). Madrid, España: Aguilar.
- Lledó, E. (1992). *El surco del tiempo*. Barcelona, España: Crítica.
- Platón. (1992). República. En *Diálogos*. (Trad. J. Calonge Ruiz y otros). Madrid, España: Gredos.
- Platón. (1997). Fedón. En *Diálogos*. (Trad. J. Calonge Ruiz y otros). Madrid, España: Gredos.
- Platón. (1999). Menón. En *Diálogos*. (Trad. J. Calonge Ruiz y otros). Madrid, España: Gredos.